

Los cuadernos perdidos
de Proust

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Meurtre chez tante Leonie*

En cubierta: fotografía de © Rasa Kasparaviciene/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Editions Viviane Hamy, Paris, 1994

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-48-7

Depósito legal: M-9.273-2022

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Estelle Monbrun

**Los cuadernos perdidos
de Proust**

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*... si fuera hacedor de libros,
haría un registro comentado de las muertes diversas...*

MONTAIGNE

I

El tiempo no era propio de la estación en aquella sorprendente mañana del dieciocho de noviembre. Émilienne tuvo que reconocerlo, mientras avanzaba con esfuerzo por el camino de sirga. Le dolía la ciática. Tras varios días de intensa lluvia, de súbitas crecidas del Loir y de niebla sin fin, el sol había reaparecido milagrosamente, ribeteando de rayas luminosas las ramas desoladas de los árboles, sonrosando las fachadas de las casas del pueblo. Iba a hacer bueno.

Émilienne apretó el paso. No quería llegar tarde, con esa reunión de los proustianos de América. ¡A quién se le ocurría venir en noviembre! Generalmente, los eventos se celebraban en verano. Y ya tenía bastante trabajo sin tener que pensar en la calefacción, en el barro... Émilienne «se ocupaba» de la casa de los Proust, como la llamaba, desde hacía más de veinte años. Conocía todos los rincones, había abierto todos los armarios y visto pasar por ella a más empleados temporales que muchos directores de grandes empresas.

Era de la región y el ayuntamiento le pagaba por el nuevo cargo de «técnica de superficie» para que no hubiera polvo ni desorden en la casa de la difunta señorita Amiot, que los visitantes del mundo entero se empeñaban en llamar «la Casa de la Tía Léonie». Émilienne sacudió la cabeza con desaprobación, en el momento en que pasaba delante del lavadero, pen-

sando en los visitantes que invadían periódicamente el pueblo, con el mismo libro en la mano, en busca del «perfume de Combray», como decía la secretaria de entonces. Émilienne pronunciaba «serquetaria» y tenía poco respeto por aquellas inútiles sucesivas que no se dedicaban más que a revolver papeles. La última era la peor. Gisèle Dambert. Una becaria, una parisina engreída, que había traído un ordenador y mandado cambiar la cerradura de la estancia que servía de despacho.

—No entre en el despacho, Émilienne —repetía con su acento del norte.

—Me pregunto qué anda tramando en ese despacho —so-lía rezongar Émilienne a la tendera de al lado.

—¿Usted cree...? —insinuaba la comerciante con aire entendido.

—¡Ah! Nada me extrañaría ya, con todos esos extranjeros —proseguía Émilienne meneando la cabeza—. Se lo digo yo, señora Blanchet, un día de estos habrá una desgracia.

La desgracia, hasta el momento, para Émilienne, era una baldosa rota, un objeto desaparecido, una teja caída del tejado, los imponderables que le darían «más trabajo» y podrían obstaculizar el buen funcionamiento de la Casa, los pequeños incidentes susceptibles de deteriorar temporalmente el *statu quo* del lugar y requerir una eventual intervención de los obreros, sus enemigos personales junto con la secretaria.

—A ver qué se le habrá ocurrido hoy —refunfuñó Émilienne empujando vigorosamente la verja del jardín, lo que hizo retumbar el sonido acidulado del viejo cascabel de hierro.

Todo parecía normal. Los parterres estaban listos para el invierno. El jardinero había recogido la víspera las últimas hojas. La puerta acristalada del invernadero estaba cerrada. Se vislumbraban en el interior las sillas de mimbre recién pintadas y colocadas de forma impecable. «La verdad, nos preparamos para esos americanos como si fueran mesías», pensó.

«En fin, mientras traigan dinero...». Se fijó en la estatua de la pequeña bañista, ligeramente desplazada sobre su base, en medio del parterre principal, y cuyo yeso sucio y descascari-llado alumbraban cruelmente los primeros rayos del sol. «Si no queremos que las heladas la rompan del todo, va a haber que guardarla dentro», pensó. «Creía que Théodore lo había hecho. Han debido de sacarla para la reunión. Mañana vuelvo a meterla», decidió mientras abría furiosamente con la llave la puerta de la Casa.

El frío característico de las viviendas deshabitadas le recordó su primera obligación: la caldera. Había una guerra perpetua entre la máquina y ella, en la que cada una se preguntaba quién cedería primero. Sin mucha esperanza, Émilienne bajó la escalera que llevaba al sótano y pasó una hora larga poniendo a «la bestia en marcha». Luego se concentró en las estancias de la planta baja, abrió las contraventanas, fregó el suelo embaldosado de la entrada, quitó el polvo a los muebles. Se sentía un poco como en su propia casa, cuando la otra no estaba. Y la otra no llegaría antes de las 12:32, en el primer tren de París. Por lo visto, no había más mensajes que el ritual «Comprobar la limpieza de los servicios». Tenía tiempo de sobra. El calor de la calefacción y del sol invernal, combinado con la fatiga del ejercicio físico, la empujó inexorablemente hacia uno de los sillones de la salita, donde decidió tomarse un descanso antes de limpiar las habitaciones de arriba. Había dormido mal la noche anterior, buscando en vano una postura menos incómoda para aliviar su dolor de espalda, y no tardó en adormecerse, con un plumero en la mano y la boca ligeramente entreabierta, dejando escapar un ronquido de placer que se parecía extrañamente al ronroneo regular de un gato satisfecho.

El timbre del teléfono la sacó bruscamente de ese beneficioso intermedio. Despierta de golpe, maldijo a la «serquetaria», cuyas precauciones no le permitían tener libre acceso al

lugar del que procedía la fuente del ruido. En realidad, había algo insólito en aquel timbre repetitivo. No tendría que ser tan estridente. No tendría que oírse con tanta claridad. A menos... a menos que la puerta del despacho estuviera abierta.

Olvidando sus dolores, Émilienne subió de cuatro en cuatro los peldaños encerados de la escalera. Una vez arriba, constató que efectivamente la puerta del despacho estaba entreabierta. Estupefacta, se preguntó si se iba a atrever a contestar al teléfono. Por una parte, así aprendería la otra... Bruscamente, tomó su decisión. Abrió de par en par la puerta entornada e iba a poner la mano en el aparato cuando su pie chocó con una especie de damero blanco y negro.

Sorprendida, dio un paso atrás sin apartar la vista de lo que al principio tomó por un trapo grande tirado en el parqué. De pronto, el pedazo de tela cobró cuerpo. Vio que había brazos y piernas inmóviles y una peluca negra que yacía en medio de un charco rojo. El «trapo» era un traje de chaqueta de cuadros, dentro del cual Émilienne creyó que Gisèle Dambert estaba muerta.

Sin atender al hecho de que el timbre del teléfono hubiera cesado por fin, Émilienne, horrorizada de ver que se habían cumplido de semejante manera sus deseos más secretos, bajó las escaleras más rápido aún de lo que las había subido y se lanzó al exterior gritando:

— ¡La *serquetaria* está muerta! ¡La *serquetaria* está muerta!

Presa del pánico, no se dio cuenta de que la puerta de entrada que daba a la calle no estaba cerrada con llave.

Unos minutos más tarde, cómodamente sentada en la trastienda de la señora Blanchet, que repetía incansablemente: «¡No puede ser, Dios mío! ¡No puede ser, Dios mío!», Émilienne bebía a sorbitos un segundo vaso de coñac cuando el policía municipal, con el bigote meticulosamente recortado, el uniforme planchado impecablemente y la mirada jovial,

hizo su aparición. Émilienne conocía a Ferdinand de toda la vida. De niños solían jugar a polis y cacos. A los veinte años, estuvo enamoriscada de él. Pero él se había casado con una chica de Bailleau. Ahora era viudo y su hermana le llevaba la casa. Se incorporó ligeramente en la silla y se colocó un mechón de cabello gris escapado de su moño, mientras él decía riendo:

—Bueno, Émilienne, ¿qué me cuentas? ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? Pasa que la *serquetaria* está muerta. Arriba, en su despacho. Puedes ir a ver. Yo no vuelvo a subir. Pensar que estaba abajo, tranquilamente d...

Se interrumpió justo antes de pronunciar el verbo prohibido. En su agitación, había estado a punto de delatarse.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. La he visto con mis propios ojos, en el suelo..., en un charco de sangre —añadió recordando para la circunstancia uno de los clichés básicos de las pocas novelas policíacas que había leído.

—Bueno. Voy a ver. Que nadie se mueva —ordenó Ferdinand.

El poco tiempo que duró su ausencia estuvo repleto del flujo incesante de las palabras inútiles de la señora Blanchet, que ni siquiera contuvo la llegada de la mujer del dentista, que venía a por noticias. Tensa como un alambre, con la mirada fija en la puerta de la tienda, Émilienne daba la impresión de estar esperando un veredicto.

Tras lo que le pareció una eternidad, un poco pálido, el policía municipal regresó lentamente junto a ella y anunció en tono consternado:

—Va a haber que llamar a París.

—¿A París? —exclamó Émilienne—. ¡A París! ¿Por qué no a Chartres?

—A París, porque la que está allí arriba no es Gisèle Dam-

bert, Émilienne. No es la secretaria. Es la presidenta de esa asociación americana, la Proust Association como la llaman.

—La presidenta de... ¿La señora Bertrand-Verdon?

Aquello era demasiado. Inundada de sudores fríos, Émilienne tuvo náuseas, su vista se nubló, se quedó sin aire. Su cuerpo anguloso resbaló sin resistencia de la silla y habría caído al suelo si los brazos aún vigorosos del policía municipal no la hubieran retenido a tiempo. A los sesenta y dos años, por primera vez en su vida, Émilienne Robichoux se desmayó.